

Prefacio

Defensa de la vida y la dignidad humana

Vivimos horas de trascendencia e importancia históricas.

No solo nuestro país, sino Latinoamérica y el mundo entero se debaten en una lucha, por desgracia, muchas veces cruenta, por la justicia social, que sólo cuando se alcance sobre toda la faz de la tierra traerá la paz que desde tiempos inmemoriales todos los humanos hemos anhelado.

La paz, que sin justicia, no puede ni debe existir. La paz que es un anhelo de todos los pueblos del mundo y que sólo se conquista en la mente y en el corazón de cada ser humano, cuando estamos convencidos de que se hace justicia con nosotros mismos y con los demás. Conquistamos la paz interna cuando estamos seguros de no haber cometido ninguna injusticia. Pero algunos, a pesar de ésta, luchamos porque nadie, en ningún lugar, cometa ninguna injusticia. Porque se respeten los elementales derechos a la vida, a la libertad, a la justicia, a la dignidad humana, a la dignidad intrínseca a cada ser humano que nazca en cualquier parte de la tierra y que tiene derecho no sólo a conservar su existencia hasta que su ciclo biológico se cumpla totalmente, sino a vivir una vida digna, libre y en paz.

Pero esto, por desgracia, no se ha logrado todavía en una gran cantidad de países, en este final del siglo XX, y no se ha logrado ni en nuestro país ni es nuestra región, ni en nuestra ciudad. Injusticias, violaciones a los más elementales derechos de la persona humana: derecho a comer, a trabajar, a estudiar, a la salud, a un techo, a descansar, a divertirse, a expresarse libremente; tenemos que lamentar, día a día y hora a hora, aquí y en todas partes. Con tanta injusticia, con tantas violaciones a los derechos humanos no puede ni debe haber paz. Por eso estamos, por desgracia, en una guerra. Una guerra que muchos de nosotros hubiéramos querido evitar, una guerra que ha traído sangre y lágrimas a millares y millares de nuestros compatriotas. Una guerra que yo mismo he presenciado, desde mi infancia y juventud, mirando, sin saber por qué, cadáveres de campesinos que traían semana tras semana a la cárcel de Sevilla, Valle, en esa dura lucha por la vida que se libra en los campos colombianos y que tanta muerte ha producido. Y después la violencia política que como joven sufrí en ese mismo rincón cafetero de Colombia y como médico salubrista me tocó analizar estadísticamente, para tristemente concluir que había ocasionado centenares de miles de muertes. Luego vino el Frente Nacional que consolidó los privilegios de unos pocos. Y ahora, durante estos últimos treinta años, los distintos frentes guerrilleros, que queriendo conquistar el poder, lo que hicieron fue consolidar aún más el poder de la oligarquía que el movimiento de Jorge Eliécer Gaitán estuvo a punto de derrumbar hasta que su líder fue eliminado por esa misma oligarquía.

Y en estos tres últimos años: la tregua, que no ha logrado todavía conmover a los de arriba para conseguir un poco de justicia y que ahora parece totalmente fracasada, dándoles razón a los que sólo confían en la violencia.

Por mi profesión, por mis convicciones, por mi tradición, jamás he predicado y jamás predicaré la violencia para resolver los problemas humanos. Soy amigo de la vida, no de la muerte. Pero como vivo en un mundo violento y dentro de un país violento, lo único que puedo hacer reconociendo esta triste realidad es propiciar, hasta donde me sea posible, que esta guerra que vivimos no sea una “guerra sucia”.

Que se tengan por lo menos las consideraciones que la Cruz Roja y otras organizaciones internacionales han propiciado en la guerra entre naciones. Que tengamos en cuenta, que así como habría que respetar a los extranjeros aun si fueran nuestros enemigos, nos respetemos entre nacionales colombianos, porque son colombianos los que están matando colombianos. Y son colombianos pobres los que están matando a otros colombianos pobres. Soldados, policías, guerrilleros, estudiantes, sindicalistas, campesinos, obreros han aparecido en las luchas. ¿Hasta cuándo? Hasta que logremos una completa justicia social.

Pero que si tiene que continuar la lucha, no se torture, no se desaparezca, no se mate en prisión a los combatientes, ni se elimine a las personas que se hayan acogido a la amnistía y al indulto y han vuelto a la lucha pacífica o, peor todavía, los que nunca han propiciado una lucha violenta.

Queremos la paz. Queremos la justicia. Queremos el bienestar. Queremos el respeto a todos y cada uno de los seres humanos, el respeto a la vida, a su dignidad, a su bienestar.

Por eso estamos aquí, y sólo por eso, se hace presente el Comité de Defensa de Derechos Humanos de Antioquia y de Colombia.

Héctor Abad Gómez